

---

---

## LA INTERNACIONAL DE PARIS

---

### I

¡HÉ AQUÍ EL PROBLEMA!

**H**OS palabrereros me obligan de cuándo en cuándo, á ocuparme de algunas cuestiones fundamentales para la sociedad: no pretendo ilustrarlas, sino fijar sencillamente mi profesion de fe sobre ellas, deseoso de no resultar responsable de ajenas y supositicias opiniones: el credo revolucionario de la Internacional, tiene como dogma primitivo la preferencia en derechos, del trabajador, jornalero y asalariado, sobre el capitalista; voy á examinar las pretensiones de las partes opuestas.

Se da el nombre de capital al conjunto de valores que un hombre posee, no para emplearlos en su propio consumo, sino para especular con ellos. El capitalista ha comenzado, en todas partes, por la explotacion del hombre y conserva inevitablemente la misma tendencia. Cuantos valores pueden acumularse en unas manos por la naturaleza ó por el artificio, son estériles, son inexplotables sin el concurso del hombre; los productos crecen en proporcion de la industria humana; las máquinas más poderosas y admirables no se for-

man ni trabajan sino bajo la dirección de una inteligencia; el telescopio y el microscopio perfeccionan el ojo; el fusil mejora la mano; el vapor dota con alas á los piés; pero qué insensato propondrá jamás que se supriman los piés, las manos y los ojos? Por eso el capitalista ha pensado naturalmente en reducir al trabajador á la clase de animal doméstico ó de obediente y poco costoso instrumento. El modo de conseguir ese objeto ha sido muy sencillo; la guerra, la conquista, la esclavitud. Proletario, obrero, asalariado, son para la historia sinónimos de esclavos. La propiedad y el capital se confunden en un mismo derecho divino.

Tarde ó temprano, los esclavos, obreros, proletarios, jornaleros, asalariados, se insurreccionan; y proclamando la igualdad, se imaginan que, suprimiendo al capitalista, alcanzarán por medio del comunismo todos los beneficios sociales de la industria, de la agricultura y del comercio. Entónces comienza una lucha tenaz entre tantos y tantos intereses contrapuestos; los comunistas nunca han acertado á organizarse sólidamente ni á ponerse de acuerdo en sus maniobras, y han acabado entregándose por capitulación á sus contrarios. El esclavo, animal, cosa, recobra su dignidad humana, pero no pudiendo alquilar el capital ajeno para explotarlo con su trabajo, alquila su trabajo, y socio en la apariencia, es en la realidad el esclavo de algunas horas, el mendigo de sus propios productos y la víctima de todas las eventualidades.

Sociedades esclavistas, quién no las conoce? Ensayos comunistas; la Grecia abunda en ellos, y el Asia no los desconoció; y de su seno nació el cristianismo. El mundo moderno se caracteriza por el derecho que tiene el capitalista de apropiarse todas las ganancias libres, no concediendo al operario sino una recompensa, proporcionada ménos al trabajo que á la necesidad de ocupar una máquina humana. El animal esclavo disfruta ahora el derecho de buscar diariamente amo, en cambio de una mezquina subsistencia.

La lucha entre el trabajador y el capitalista prosigue como ántes, con mejores elementos para las clases desvalidas, por-

que la ilustración y la libertad han acabado por declararse neutrales. El derecho divino del propietario y del capitalista no puede sostenerse, porque hoy todas las instituciones dependen de la verdad, de la utilidad, y sobre todo de la voluntad del pueblo. Tampoco es aceptable el principio de que la propiedad es el robo, porque el robo supone propiedad; y si con ese principio se quiere proscribir la propiedad individual, ésta puede modificarse ó limitarse, pero jamás destruirse. Dos ángeles salvadores velan constantemente en favor de los capitales privados: los placeres personales que ellos proporcionan, y la multitud de productos civilizadores que desaparecerían con ellos. Los trabajadores no se indignan contra el capitalista por lo que gana y puede, sino porque no divide con ellos su poder y sus goces. El trabajador comunista se esfuerza por elevarse; si pretendiera degradarlo todo, se encontraría aislado al día siguiente de su victoria.

La buena fe jamás pondrá en duda los hechos que llevo manifestados. La dificultad, siendo esto así, entre los trabajadores y capitalistas, no es más que uno de los problemas de la economía política; acaso es el principal, y por desgracia no lo ha resuelto. Las escuelas económicas, en vez de proceder como imparciales, se han dividido; los capitalistas tienen sus doctrinarios y tienen los suyos los trabajadores; unos y otros llegan á creer en un sistema de soluciones periódicas debidas sólo á la fuerza.

Me parecen inevitables esos conflictos, pero al mismo tiempo descubro diversos caminos por donde puede llegarse á la solución apetecida. Dos son los principales: la asociación de los operarios y la multiplicación de los centros mercantiles. Estos remedios son lentos, no generales, pero seguros; los centros mercantiles y las asociaciones contienen gérmenes cuyo desarrollo es incalculable.

Las asociaciones. Los principios de discusión, tolerancia y soberanía individual, que han adoptado las naciones modernas, hacen posibles ciertas asociaciones que en otros siglos hubieran parecido absurdas y criminales. El derecho civil ha

tolerado siempre las compañías mercantiles; pero ¿con cuántas restricciones! Hoy, el más desvalido operario, sin dejar el escoplo ó los pinceles, por medio del sistema de *acciones*, aparece entre los dueños de una mina, de un ferrocarril ó de cualquiera otra empresa; puede sentarse al lado de los reyes para refaccionar y dirigir los trabajos del canal de Suez; portero en Inglaterra, puede amanecer millonario en México ó en una colonia de la Oceanía. Este sistema supone la propiedad y el capital, y los salva.

Los centros mercantiles. En los Estados Unidos y en otros pueblos donde el trabajador puede moverse con libertad y facilidad; donde la obra humana se solicita para diversos empleos; donde los productos que se acumulan en un lugar se consumen en otro; donde es tan comun arruinarse como enriquecerse; en esos lugares felices, el jornalero puede estar convencido de que el capitalista lo roba y sin embargo, ver con desprecio esa pérdida, porque él mismo muchas veces ha sido y muchas será capitalista. Esta situación, tambien salva la propiedad y los capitales.

Tendriamos la incógnita despejada si en muchas ciudades populosas no se viesan eternamente condenados los operarios al proletariado y á la miseria, al hambre y al crimen. No ha tenido otro porvenir un millon de habitantes en la capital de Francia; la religion los ha denunciado en este mundo y los sacerdotes se han vendido al capitalista; los capitalistas se han apoderado del gobierno para convertirlo en instrumento de sus intereses; los economistas no han propuesto sino remedios tímidos, ineficaces; los propietarios advenedizos han insultado con su rapiña y con su lujo la miseria pública, y todas esas clases no han vacilado en emplear las armas extranjeras para resolver una cuestion de salarios, matando á la mitad de los trabajadores para esclavizar el resto.

¡Tales son los hechos, tal es la cuestion! Los hombres imparciales se indignarán de esa ligereza con que escritores ignorantes pretenden con un fallo declamatorio terminar la cuestion iniciada en Paris y declarar á la internacional mons-

truosamente criminal y digna de extraordinarios castigos. Desaparezca la capital de Francia, desaparezca la asociacion internacional, ¿serán los pobladores de México los que tambien harán desaparecer la economía política, los que habrán descubierto la concordia entre el capitalista y el operario?

Ya lo he dicho y lo repito: estoy por la propiedad reglamentada por el derecho civil; desconozco la propiedad de derecho divino; tengo aversion á los sistemas comunistas que degradan la dignidad humana; deseo un arreglo equitativo entre el capital y el trabajo, un arreglo en que no intervenga directamente la autoridad; deploro las consecuencias de ese antagonismo, y no comprendo cómo las preocupaciones políticas y religiosas se atreven á intervenir en los más graves negocios que agitan á la humanidad y desvelan á la ciencia.

Disculpables seriamos, si encontrándonos en el campo de batalla, nos dejásemos arrastrar por nuestras pasiones; y filiadados en un bando prodigásemos los gritos injuriosos á nuestros contrarios. Fuera de la escena, por ahora, nuestro deber es juzgar con calma. Cuando la tormenta llegue, de nada nos servirá el romanticismo; en un buque que naufraga no se ocurre ni al que reza, ni al que se lamenta de la pérdida de su familia, sino al que sabe dirigir una maniobra y no ha perdido ni la tranquilidad ni la esperanza.

Los pedantes que, á falta de razones, llaman en su auxilio al escándalo para atacarme personalmente, podrán encontrar un eco halagador en la ignorancia, pero son muy pequeños para contener los acontecimientos que por todas partes se precipitan, y muy superficiales para dar una solución á los grandes problemas del mundo. Si ellos no buscan sino una arma política, los desprecio; las cuestiones sobre la presidencia son para mí de un interes secundario.

Los declamadores no pueden perdonar á los operarios parisienses que, al sucumbir, hayan arruinado á una ciudad tan hermosa y ajena! ¡Como si á quien se muere le importara al-

go el derecho ajeno, y cuidase de no aplastar en su caída el sombrero de su verdugo!

Doy las gracias porque se ha ofrecido á mis artículos tan interesante asunto.

## II

### ¡HÉ AQUÍ LA CUESTION!

Para estudiar el escándalo farisáico provocado por los recientes acontecimientos de Paris, conviene tener á la vista algunos hechos curiosos que contribuirán á la resolucion del gran problema social, y justificarán el desprecio con que deben acogerse las risibles inconsecuencias de tantos declamadores: éstos evitan hasta donde les es posible el fijar las bases de sus razonamientos, pero un análisis imparcial deja fácilmente desnuda su raquítica inteligencia. Todos los partidos, los religiosos, los filosóficos y los poéticos, se ven con frecuencia arrastrados á defender la causa del trabajador contra la del capitalista!

La religion. No me detendré en pintar la institucion de las saturnales, ni otras invenciones, por cuyo medio, el paganismo fué dulcificando la condicion de los esclavos, hasta aproximarlos á las clases más elevadas. Las leyes militares facilitaron la emancipacion; las leyes anti-usurarias rompieron las cadenas que el propietario imponia á sus deudores; y las mismas leyes suntuarias respiraron un odio mortal contra los ricos. La religion cristiana, en su origen, no fué sino un ensayo de comunismo; en los evangelios se contiene la teoría y la práctica de esas asociaciones que no consisten en considerar al trabajador como parte del capital, sino que proclaman al mismo trabajador como el único capital legítimo. La acumulacion de bienes no es permitida sino en beneficio de la comunidad. Despues cambió el catolicismo su programa y se hizo pode-

roso; sin embargo, al retirar sus ermitaños de los desiertos, los recogió en conventos donde todos los bienes han sido más ó menos comunes. Todavía las iglesias, en nuestro siglo, resuenan con la voz de Bridaine, que en el pasado decia: "Hasta hoy he predicado la justicia del Altísimo en templos que tenian por techo una enramada; he predicado los rigores de la penitencia á infortunados que carecian de pan; he anunciado á los buenos habitantes del campo las verdades aterradoras de mi religion. ¿Qué hice? ¿Desgraciado de mí! He contristado á los pobres, los mejores amigos de mi Dios; he derramado el espanto y el dolor en esas almas sencillas y fieles que yo hubiera debido compadecer y consolar. Aquí donde mis miradas descenden sobre los grandes, sobre los ricos, sobre los opresores de la humanidad doliente, aquí es donde debe resonar el rayo de la divina palabra; y aquí, en este púlpito, debo presentarme acompañado de la muerte que os amenaza y de Dios que descende á juzgaros. Tengo en mi mano vuestra sentencia." La religion no se presta á abrir las puertas del cielo al capitalista, sino cuando puede heredarlo.

La filosofia. La mayor parte de las escuelas antiguas, distinguiéndose entre ellas los cínicos y los estóicos, se propusieron como la última perfeccion el menosprecio de las riquezas y aun el de los más pequeños placeres. El estoicismo fué la única virtud que sobrevivió á la República en el imperio romano; todavía sus máximas seducen y engendran almas fuertes; la prueba más gloriosa para el estóico es la tranquilidad con que se encierra él mismo en el sepulcro para reposar en brazos de la muerte. El cínico. "Permitan los dioses que la tierra me ofrezca por todas partes un lecho sencillo y cómodo; que el universo sea mi casa, y que jamas yo me alimente sino de frutos que se me vengan á las manos. Jamas, yo y mis amigos, necesitamos el oro ni la plata. El deseo de las riquezas produce todos los males que agobian á los hombres; las discusiones, las guerras, las asechanzas, los asesinatos, reconocen como fuente la codicia de poseer más que los

otros. Jamas entra en mi corazon esa pasion funesta, ni el deseo de aumentar mis bienes; pueda yo contemplarlos sin aficcion cuando la suerte me los disminuya ó me los robe." A esto se reducía la profesion de fe de esos tan desacreditados cínicos; valian un poco más que nuestros agiotistas al menudeo y que nuestros viciosos á lo divino.

Los poetas. La poesía se complace en recordar el siglo de oro, cuando nada se compraba ni se vendía, y en dibujar los placeres no costosos de la vida del campo; no contento con presentársenos medio desnuda, como las diosas de Homero, á veces adopta el cinismo y enlaza perlas y flores entre los harapos. Cuando Voltaire hizo en verso la apología del lujo, el Parnaso gritó: ¡profanacion!

Sólo la economía política se ha atrevido á formular esta máxima: *la civilizacion y la moralidad, para la sociedad y para el individuo, son proporcionadas á los valores de que pueden disponer en un momento dado.* La mayor parte de las desgracias y de los delitos son obra de la miseria. La economía política ha convertido en base social, la propiedad, el capital, la riqueza. Sin embargo, aterrada por las consecuencias de esa proposicion absoluta, y no pudiendo cerrar los ojos á la luz de algunas observaciones felices de los comunistas, ha explicado su principio, declarando, que la propiedad más sagrada, que el primero de los capitales, que la riqueza positiva de una nacion, es el trabajo. Por este procedimiento los economistas comienzan á reconocer la preferencia de los derechos del obrero; salvan todavía el capital llamándolo *trabajo acumulado*; si lo llamasen *fuera acumulada*, lo confundirian entonces con las fuerzas que pone á nuestro servicio la naturaleza, como los vientos y los rios, y dando ese paso el trabajo activo se sobrepondria al transformado. Sea cual fuere el estado de la ciencia, ella, como la religion, como la poesía, como la filosofía, tiende ya una mano protectora al operario y subalterna todas las teorías á la cuestion del trabajo; el hombre podrá servir como máquina, pero no es máquina, y si lo es, tambien es una máquina con derechos. Ya no se trata de

sacrificar á nadie, ni al rico, ni al pobre, sino de ponerlos de acuerdo.

¡Feliz resultado de la ilustracion actual! ¿Por qué muchos insensatos lo desconocen en la práctica? Por la poca solidez de sus conocimientos y por los abominables consejos de sus pasiones.

Reconocida una situacion, es necesario contemplar con tranquilidad sus consecuencias, buenas ó malas. La emancipacion de los trabajadores trae consigo inevitablemente costumbres democráticas; la Europa entera, en efecto, monárquica ó republicana, no sufre ya desigualdad notable ni duradera, entre las clases sociales; y, no solamente se levantan á la dignidad de ciudadanos los más oscuros obreros, sino que tambien las mujeres compiten con el hombre en los campos de la industria, del comercio, de la política y de las ciencias: estas trasformaciones, que se verifican pacíficamente en los Estados Unidos, provocan grandes tempestades en el viejo continente.

¡Quién lo creyera! Cuando la lucha se encarniza, el sacerdote olvida su evangelio, el filósofo desconoce sus doctrinas favoritas, y hasta el poeta, con pretensiones aristocráticas, siguiendo al filósofo y al sacerdote, se ponen del lado del capitalista para negar los derechos que acaban de reconocer en el operario. Los combatientes, despues de la primera sangre, atacan con la misma ceguedad, con el mismo furor, á los hombres y á los dioses que descubren entre sus contrarios.

Esos descarríos son inherentes á la naturaleza humana. Bajo un cielo más sereno, y acaso para conjurar la tormenta ó retardarla, despues de fijar los derechos del trabajo y los beneficios del capital, acertado será detenerse en un exámen concienzudo de todas las cuestiones que se han levantado en auxilio de esos encontrados é irreconciliables intereses: la emancipacion de la mujer, el divorcio entre la Iglesia y la autoridad civil, la independencia municipal, la intervencion de las leyes y la influencia de las diversas formas de gobierno.

## III

## ¡EL NEGOCIO DEL DIA!

Para continuar con tranquilidad el exámen que he comenzado sobre los buenos y los malos principios que la Internacional sostiene, me anticipo á fundar mi opinion sobre la defensa que han hecho de Paris los amigos de las instituciones municipales: esa cuestion depende exclusivamente del arte de la guerra y de los derechos que todo el que se resuelve á sucumbir con heroicidad tiene, para levantar su sepulcro sobre los escombros del universo incendiado.

Carnot fué el primer genio militar de la revolucion francesa; cuando en sus postreros años se vió comprometido por su patriotismo á encargarse de la defensa de Anvers, aplicando sus propios preceptos sobre la *Defensa de las plazas*, se ocupó en multiplicar obstáculos para los momentos del combate, contra la aproximacion del enemigo, y en contar con la cooperacion y el entusiasmo de los habitantes. La abdicacion de Napoleon le obligó á sucumbir; y este varon admirable que habia dirigido catorce ejércitos por el camino de la victoria, recordaba como su mayor hazaña el empleo que hizo de sus conocimientos como ingeniero, para salvar un barrio de Anvers, condenado á la demolicion por las exigencias militares: ¡tan difícil es para un soldado poder estar de acuerdo con los deseos y los intereses del hombre pacífico!

En el momento del asalto, dice el Diccionario Militar de los Estados Unidos, "es cuando los defensores deben incendiar las minas que hayan podido preparar para volar el suelo á los piés del enemigo; si éste deja á sus espaldas la brecha, aquellos, sin desalentarse, multiplicarán sus proyectiles, sembrarán la destruccion, ganarán por lo ménos tiempo, teniendo presente que jamas se debe desesperar en el combate: ya se ha visto á los vencedores transformarse en vencidos."

Tales son las leyes de la guerra: en la teoría y en la práctica todo lo abandonan á la destruccion una vez empeñado el combate. La civilizacion interpone sus principios humanitarios, con la seguridad de que sólo pueden ser atendidos despues de la victoria. ¡La única obligacion de los defensores de una plaza fuerte, es perecer con ella! Los ejércitos permanentes, sin embargo, ménos deseosos de morir que los pueblos armados, han inventado el sistema de *las capitulaciones honrosas*. Las reglas que para ellas se han adoptado, son bastantes para salvar la responsabilidad y la vida de los militares; pero no siempre satisfacen las esperanzas de la patria ni las exigencias del heroismo. No se necesita ser romano ni griego para indignarse contra las capitulaciones que entregaron la Francia á los prusianos; el honor de esa ignominia se debe exclusivamente á los ejércitos modernos, que sólo son audaces cuando pueden plantear con impunidad el cesarismo.

Volviendo los ojos adonde no ha llevado su corrupcion el militar asalariado, allí encontraremos la verdadera defensa de las poblaciones, llevada por el interes comun de los ciudadanos hasta la esfera de lo fabuloso, hasta la deificacion del combatiente, hasta la conquista de la admiracion en todos los pueblos y en todas las edades. Sucumbe Troya despues de diez años de sitio, y revive en los cantos del heleno asiático para inmortalizarse más tarde en los poemas de Homero; perece Jerusalem devorando las madres á sus hijos y matándose mutuamente sus defensores, y ese cuadro se desprende como un conjunto de fantasmas de la historia en que lo trazó Josefo; los españoles no olvidan su Numancia; y si los mexicanos hubiesen conocido el petróleo, la antigua Tenoxtitlan, convertida en hoguera, hubiera consumido entre sus edificios á Cuauhtemoc, á Cortés, á los tlaxcaltecas, al vencido, al vencedor y á los traidores. Todavía, por un homenaje hipócrita del soldado á su deber, por una inspiracion de lo sublime en la poesía, por la seguridad que el pueblo tiene de realizar sus resoluciones cuando vuela con sus propias alas, todavía en las proclamas, en los cantos y aun en el mismo templo y